

HOMILÍA

Domingo XXXII del tiempo ordinario – ciclo A

Sb 6, 13-17

a. Contexto

Volver a recordar que estas páginas intentan aportar a los responsables pastorales de las comunidades un material exegético, para rezar, meditar con la Biblia, de cara a la homilía, no me parece superfluo.

O sea, amigo, amiga, no me pidas que te dé ‘mascaíto’-o casi-tu sermón semanal. ¿Quién va a rezar por ti, suponer las necesidades de tus destinatarios, o a suplir tu profundo conocimiento de la Palabra de Dios?

¿Quién va a dar lecciones a tu ya -a lo mejor- larga experiencia de fe y de lectura de la Biblia? ¡Nada de eso, ¿sabes?! Entiendo la tendencia a que se te facilite el trabajo, sin duda, pero sin que nadie te supla, desde luego.

Nadie quiere que otro le haga el trabajo: ¡ya lo sé, eso no se me escapa...! Pero, una cosa es aclarar el ambiente histórico y el sentido exegético de un pasaje escriturístico, y otra rezar, meditar con él.

Y otra cosa es leer la realidad, y, conectarla con el mensaje bíblico, el cual entonces -y sólo entonces-, ayuda a los destinatarios a que lo apliquen a la vida: ésa es la tarea de la homilía, ¿no?

Digo todas estas cosas para aportar mi granito de arena a quienes desean preparar su homilía semanal con competencia y sentido pastoral: o sea, a todos vosotros, hermanas/os en la fe cristiana.

No me pidáis otra cosa, por favor. Bueno, pues vámonos al Libro de la Sabiduría, esa joya del Antiguo Testamento, ya cercana a los tiempos del cristianismo, y tan abierto al evangelio de Jesús, Sabiduría de Dios.

Dentro de un contexto más amplio, que ahora te paso a comentar, se encuentra el pasaje de hoy: un espacio en que se alaba a la sabiduría de Dios (cf. Sb 6-9).

Primero, se invita a buscar y a desear la sabiduría, y después se viene a decir que es relativamente fácil conseguirla de Dios (cf. Sb 6, 13-17). Pero, vamos por partes.

Una triple constatación te recordaba yo la última vez que hablamos de este Libro bíblico del A.T., hermano, hermana. Se trata de las características de la sociedad helenística de Alejandría en que nace la Sabiduría.

Tales características son:

1. Gran variedad de religiones y sistemas filosóficos, o sea: problemas de pluralidad, que no había en Palestina, claro.;
2. Ambiente de hedonismo exagerado, contrario a lo que los judíos tenían en su tierra original.
3. Riesgos de persecución religiosa frente al judaísmo, por parte de los paganos y de algunos israelitas que antes habían abandonado su fe.

En este clima nace el Libro, por los años 80-30 a.J.C. en Egipto, pudiéndose dividir en tres partes:

- Sb 1-5: Vertiente moral de la sabiduría, abierta a la escatología;
- Sb 6-9: Parte especulativa del Libro, sobre la naturaleza, partes, etc. de la Sabiduría. Aquí se inserta nuestro pasaje de hoy;
- Sb 10-19: Sobre la providencia de Dios en la historia.

b. Texto

En la perícopa que hoy meditamos se da un cambio de tono abierto al elogio a la sabiduría. La sabiduría no tiene nada que ver con algo mitológico u oculto.

Se trata más bien de sentir algo dentro que nos impulse a conocer a Dios vitalmente, a dejarse guiar por su plan amoroso de salvación. Así es como nos sale al encuentro la sabiduría de Dios.

Si te digo, hermano, que la sabiduría de Dios te sale al encuentro, tiene la iniciativa a la hora de ponerte en contacto con Dios, me responderás que esto se parece a lo que hace Cristo, según el Nuevo Testamento; pues sí.

Sí, porque estamos ante un Libro -el último del Antiguo Testamento- muy cercano a la revelación de Dios en Jesucristo (Nuevo Testamento). Por eso la Iglesia cristiana lo acogió pronto como libro inspirado, antes incluso que los judíos.

En una serie encadenada de expresiones ricas literaria y teológicamente, el pasaje te va llevando del deseo de Dios, a sentir la necesidad de instruirte en la fe.

Pero, desde la fe ilustrada te acompañará el texto al cumplimiento de la Palabra de Dios revelada (¡léelo a la luz de Cristo, ¿vale?!). De la obediencia a la Palabra, la fe como dice Pablo (cf. Rom 1), a la vida futura.

Ya estamos en la plenitud del Reino de Dios, en la felicidad junto a Él, porque la vida histórica vivida en Dios, se abre a la plenitud futura, en el cielo, como decimos los cristianos, en expresión llena de sentido de fe.

c. Para la vida

¿No te suena todo esto a un conjunto de actitudes religiosas, cristianas, ya maduras también humanamente, que cultiva el creyente, lleno del Espíritu desde aquí, en la historia?

Te recuerdo, hermano creyente en Cristo, que desear lo trascendente, la trascendencia es la primera tarea que se nos impone hoy, tal vez, en este mundo secularizado en que lo que no tiene 'marketing' no se vende...

Y te hacen -me hacen falta- ganas de vivir en el ámbito de Dios esta realidad de nuestro mundo. El discípulo de Cristo no se dedica a maldecir las cosas, los hombres, el mundo, sino a colaborar con el Señor, ¿a que sí?

¿Nos queda otra cosa que hacer distinta a lo que decía el evangelista Juan hablando del Verbo de Dios, su Sabiduría?: *Yo Te he glorificado en el mundo, cumpliendo la obra que me encomendaste* (cf. Jn 17, 4).

Fíjate, amigo, cómo la sabiduría de Dios te lleva a dialogar con los hombres (¡con los que estén dispuestos a ello, no con los que se nieguen, claro...!), con los pueblos del mundo, pero sin 'angelismos', aportando... lo que somos y lo que hemos recibido de Dios, que ya

no es tiempo de complejos de inferioridad, ¿vale? La sencillez del Evangelio es sabiduría de Dios, no oropel humano, no huele mal.

No se trata de pantalla, ni de imagen vendida al precio que sea. Por eso no es sabiduría humana, como decía Pablo. Tengo para mí que, si de verdad aportáramos el don de Dios a los demás, estaríamos felices.

Entonces, ¿cómo nos quejamos tanto, a qué viene ese complejo de ocultar nuestra fe, a disimular lo que somos y tenemos como regalo de Dios? ¿No será que nos falta método, modo, o experiencia de fe?

¿A qué ese miedo a no ser confundido con los otros? No creo que tengamos vocación de 'extravagantes': ¡nada de eso! Pero sí es verdad que la sabiduría de Dios no se confunde con la del mundo...

¡Y eso se tiene que notar sin querer, sin hacer campaña, sin ir de bicho raro, sin querer llamar la atención! Me parece que el sentido común también forma parte de los dones de Dios, ¿no crees?

¿Quién fue el que dijo que era el menos común de los sentidos...? ¡A lo mejor hasta llevaba razón, digo yo...!

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb

antonio.rodriguezderojas@salesianos.edu